

En esta obra gigantesca que según la frase irónica de Rogerio Bacon «pesa más que un caballo», se desarrolla con verdadera virtuosidad el método escolástico usual desde entonces en la enseñanza y las obras filosóficas; este consiste en proponer primero una cuestión tomada de un texto dado, después en mostrar todas las respuestas posibles afirmativas y negativas — sea como «auctoritates» (sentencias de la Biblia o de padres de la Iglesia famosos) o como rationes (doctrinas de los filósofos antiguos o árabes, en particular del philosophus) — y por último en dar la solución del problema con o sin reservas y «distinciones». Del modo que acabamos de indicar trata la obra de Alejandro de Hales en sus cuatro libros más de 440 Questiones cada una de las cuales se divide a su vez en diferentes «artículos». El contenido es puramente teológico: el libro I, trata del creador; el libro II de la creación; el libro III del redentor y su obra de redención. el IV de los medios de salvación que posee la iglesia.

Según Guillermo de Auvernia † 1249 como obispo y maestro de teología en París), es Aristóteles la guía para todo lo que existe bajo la esfera de la luna; en lo que se halla más allá de esta se apoya en cuanto se lo permite su ortodoxia en Platón. Todavía sucede más esto en el místico italiano J. Fidanza llamado el hermano S. Buenaventura (1221-1274) discípulo y continuador de Alejandro de Hales, más tarde general de la orden de los franciscanos y llamado por sus admiradores el Doctor seráfico. Para él también es Aristóteles la guía en las cosas del mundo pero la luz inferior de los cinco sentidos la externa de las artes mecánicas, la interna de la Filosofía son según su opinión tan sólo una preparación e indicación de la luz suprema de la iluminación divina. Lo más característico para su misticismo que se apoya frecuentemente en San Agustín, los Victorianos (§. 62) y el Areopagita, es su *Camino del espíritu hacia Dios* en el que se distinguen tres grados de la teología (simbólica, propia y mística) y seis grados del conocimiento (sentidos, imaginación, razón, entendimiento, intelecto, espíritu y por último el Apex mentis, la unión con el esposo celeste, del alma).

Esta doble constelación, constando de maestro y discípulo, de los franciscanos, se contrapone a otra de los dominicos: Alberto el Magno y Santo Tomás de Aquino.

§ 65. Fusión del Aristotelismo y la Doctrina de la Iglesia: los dominicos Alberto el Magno y Santo Tomás de Aquino (primado del intelecto)

La doctrina de estos dos monjes dominicos constituye no sólo la cumbre del pensamiento escolástico, sino también en la forma que le concedió Santo Tomás de Aquino, la Filosofía oficial de la

Iglesia católica. Por esto existe especialmente sobre Santo Tomás una abundante literatura. Citamos:

*Acerca de Alberto, las obras de Sighart (Ratisbona 1857), como la primera de carácter crítico la de v. Hertling (1880), además, Bach Des Albertus M. Verhältniss zu der Erkenntnislehre der Griechen Romer Araber und Juden (Relacion de Alberto con la teoría del conocimiento de los griegos, romanos, árabes y judíos) Viena 1881, Sobre Santo Tomás, tratan las obras del francés Jourdan (1858) del alemán K. Werner 3 ts. 1858 sig.) del español González (1864, 3 ts.) y del filósofo Fronsammer (Leipzig 1899). Desde el punto de vista moderno, Eucken, en un trabajo particular (Halle, 1886, 2 ed. 1910) y en «Las concepciones del mundo» p. 297. Véase también Maurenbrecher, *Thomás Stellung zum Wirtschaftsleben seiner Zeit. (La posición de Santo Tomás, con relación a la vida económica del tiempo)* 1898. Al estudio especial de Santo Tomás, se dedican el «Anuario (en alemán) de filosofía y teología especulativa» (de Commer) y la revista *Tomista* que se publica en Freiburg (Suiza). Una ojeada sobre los puntos capitales de su doctrina la ofrece 2 ed. del *Thomás-Lexicón* de L. Schütz Paderborn 1895. Una abundantísima bibliografía (hasta 1913), 12 páginas de letra pequeña, la da Baumker en el *Uberweg II* apendice p. 166-178 (sobre las ediciones solo, véase páginas 479-482), una exposición de conjunto del sistema, páginas 487-503.*

1. ALBERTO

Alberto de Bollstadt, nacido en Lauingen (Suabia) (1206-1280) estudió en Padua, Filosofía y Medicina, ingresó en los dominicos el 1223, fué provincial de la orden para Alemania desde 1254 y enseñó ante todo en Colonia donde murió en 1280; pero como maestro famoso de Filosofía fué enviado por su orden a muchos otros lugares especialmente a París. Sus conocimientos no habituales en su tiempo, de Química, Física y en particular de Botánica, le hicieron ser considerado por sus compatriotas como «el grande» y le acrearon el nombre de Doctor universalis y hasta la fama de hechicero. Sin embargo, la erudición de Alberto es mayor que su penetración. Su significación capital para la Historia de la Filosofía consiste en que en primer lugar y con el mayor éxito dió a la Filosofía escolástica la dirección aristotélica. Sus obras filosóficas, entre todas las suyas que llenan veintium tomos en folio — en la nueva edición de Borgnet (París 1890-99) treinta y ocho tomos en cuarto — consisten sobre todo en parafrasis ampliadoras de las obras aristotélicas, aprovechando los comentadores y traductores árabes y judíos en particular Avicena y Maimonides. En las cosas naturales

quiere seguir a Aristóteles, en las referentes al dogma más a San Agustín y en la medicina a Galeno e Hipócrates. Las cuestiones filosóficas deben ser tratadas filosóficamente y las teológicas por el contrario; como la trinidad, la encarnación, la creación y la resurrección, que no pueden ser concebidas por el conocimiento, teológicamente. Así surge ya en Alberto la distinción que se hizo más tarde importante, entre conocimiento natural (filosófico) y teológico. Resuelve la cuestión de los universales del mismo modo que Avicena. En la Ética, defiende la libertad de la voluntad. Que junto con esto, era también accesible a las ideas místicas o neoplatónicas, lo prueba la obra de su vejez: *De Adhaerendo Deo*; también para él lo más alto es la plena sumisión a Dios, que consiste en la visión del mismo.

No exponemos en lo restante la doctrina de Alberto, porque la hallamos con más fuerza, mayor riqueza, más sistema y mayor arte arquitectónico, en su discípulo preferido:

2. SANTO TOMÁS DE AQUINO

a) *Vida.* Santo Tomás de Aquino, hijo de un conde de las proximidades de esta ciudad en el territorio de Nápoles, nació el 1225 o 1227, entró ya a los 16 años en la orden de los dominicos, y fué pronto el discípulo preferido de Alberto al que siguió en los diferentes viajes que hizo como maestro por ejemplo a Colonia y a París. Con éxito siempre creciente, fué maestro en París, Colonia, Bolonia, Roma y Nápoles. Murió ya en 1274 precisamente cuando había emprendido su viaje de Nápoles al concilio de Lyon. Fué ensalzado por la iglesia pronto como Dr. egregius, Dr. comunis, desde el siglo XII más frecuentemente como Dr. angélicus, santificado ya en 1323 y proclamado en 1577 por Pío V solemnemente, como el quinto Doctor de la iglesia juntamente con San Agustín, S. Jerónimo, S. Ambrosio y S. Gregorio.

b) *Obras.* Las obras de Santo Tomás han sido impresas frecuentemente; por primera vez en Roma. en 1570 en diez y ocho tomos en folio, después en 1594, 1612, 1636, 1660, 1745-88, 1852-73 (Parma), 1872 (34 tomos, en 4.º Besançon y París. De la más reciente edición hecha por orden y a cargo del papa León XIII, por los dominicanos, (Roma y Freiburg e B.) habían aparecido hasta 1913 doce tomos en folio. Además existen numerosas ediciones de sus diferentes obras en particular de la *Summa Theológica* (véase más adelante). Sus obras pueden distribuirse en cuatro grupos: 1 comentarios de Aristóteles (superiores a los de su maestro Alberto por la mejor traducción, latinidad y exposición); 2 su obra filosófica capital *De veritate fidei catholicae contra Geniles*, citada habitualmente

como *Summa contra Geniles*, en cuatro libros y según el método escolástico (§ 64), dividida en 464 cp.; 3 sus dos obras teológicas principales: el comentario a las sentencias de Petrus Lombardus y la *Summa theológica, o theologiae* (incompleta); 4 una serie de pequeños tratados (opúscula). El estilo de todos es amplio y sin arte.

c) *Doctrina*. Ya en el título de la obra filosófica capital, se halla expresado su carácter fundamental; es una defensa de la fe católica contra los paganos, es decir, ante todo contra los aristotélicos árabes y de los griegos, Demócrito, Empédocles y Anaxagoras. Pero la defensa no es una mera lucha, sino que va unida a la aceptación de la concepción antigua del mundo, como una preparación de la cristiana. Por esto consideramos primeramente:

a) *La relación de la Teología con la Filosofía*. Lo característico y en cierto sentido grandioso del pensamiento tomista, ya preparado por Alberto, consiste en que ordena dentro del mundo de la Iglesia, no sólo consciente, sino metódicamente, el concepto antiguo del mundo tomado de Aristóteles, produciendo así un imponente sistema. La razón natural (*lumen naturale*) no es rechazada sino que, lo que es reconocido por ella como cierto, tiene también validez para la Teología. Donde ya no puede ilustrarnos la razón natural debe intervenir la revelación. Así puede por ejemplo, hallar la razón una serie de pruebas de la existencia de Dios (conclusión de lo movido al móvil, de la finalidad del mundo a su creador, etc.), pero no para los misterios de la trinidad, del juicio final, de los sacramentos del fuego purificador y otros. Aquí puede solo auxiliar, explicando por analogías, refutando objeciones pues las doctrinas reveladas no son contrarias sino superiores a la razón. Las pruebas racionales pueden ser únicamente probativas en este dominio, cuando reconocen desde un principio, la revelación y los textos de la revelación a lo que nos lleva un impulso interior y la fuerza milagrosa interna y externa del cristianismo. Así es, finalmente la ciencia humana, sólo una servidora de la Teología y la naturaleza una precursora (*praeambula*) de la gracia. La gracia, sin embargo, no suprime la naturaleza, sino que la completa. Por esto puede reconocer Santo Tomás, toda la vida universal profana, en cuanto puede adaptarse al cristianismo, como grado previo del dominio de la revelación e incorporarla a su sistema.

β) *Metafísica y Psicología*. No sólo puede ser incorporada como no dañina, a la doctrina de la iglesia, toda la Lógica aristotélica sino también casi toda la Psicología y la Ética y aún con algunas modificaciones la Metafísica; de lo que, sea notado de paso, se deduce el carácter conservador del aristotelismo. Con Aristóteles, con-

cede Santo Tomás la mayor importancia a la distinción entre materia y forma. El principio de la individuación de las cosas concretas consiste en que la materia es determinada por las formas (*materia signata*), desde las primeras, espacio y tiempo, que van unidas inseparablemente a la materia (formas materiales), hasta las inteligencias o formas inmateriales separadas, de las cuales la superior y absolutamente simple es la divinidad causa eficiente (*caussa efficiens*) del mundo creado de la nada por ella, y fin (*causa finalis*) del mismo. De aquí se sigue la posición de Santo Tomás con respecto a la cuestión de los universales en el sentido de un realismo moderado. El alma humana es (siguiendo a Aristóteles) al mismo tiempo la inferior de las formas separadas y la entelequia del cuerpo, por consiguiente en cierto modo la superior de las formas materiales. Existe una serie continua de evolución desde las formas inferiores de existencia, pasando por la vida de las plantas (ánima vegetativa), de los animales (a sensitiva), el alma racional del hombre (*a rationalis*) y aún más allá el mundo de los espíritus (ángeles), que entre otras cosas conducen las estrellas, hasta la pura actividad y la forma absoluta, es decir, la divinidad que constituye desde un principio el objeto de la investigación de S. Tomás. Se reconoce una cierta independencia al curso de la naturaleza y al hombre, porque la bondad de Dios ha concedido a las cosas naturales una cualidad propia mediante la que son compatibles el curso de la naturaleza, el azar (cruzamiento de causas y efectos) y la voluntad libre con la providencia. El conocimiento humano se origina por transmitir los objetos externos, al alma, imágenes suyas. La división de las facultades y actividades del alma está tomada de Aristóteles por el contrario se enseña, combatiendo rudamente a Averroes, la inmortalidad del alma en el sentido cristiano (no sólo del espíritu); se sigue esencialmente de su inmaterialidad.

γ) Del mismo modo que la Metafísica y la Psicología muestran un rasgo aristotélico la Ética y la Política. El fin moral del hombre consiste en el desarrollo de su naturaleza racional. No se da una fundamentación más detallada de la Ética si, en cambio un complejo sistema de virtudes y pasiones. A las cuatro antiguas virtudes cardinales, se añaden también en Sto. Tomás, las tres teológicas cristianas (fe, esperanza caridad). Las primeras adquiridas mediante el hábito por el hombre, conducen a la felicidad natural e imperfecta, las segundas, concedidas por Dios a la bienaventuranza eterna, perfecta y celeste. Como en Aristóteles consiste la virtud en el justo medio y las virtudes dianoéticas, son superiores a las éticas, pues Santo Tomás, es un decidido intelectualista. Atribuye el primado no a la voluntad sino al conocimiento. La voluntad, puede elegir libre-

mente, pero lleva a cabo su decisión basándose en el saber y la palabra conciencia (consciencia) viene de saber (scire). Hasta la voluntad divina se halla unida a la sabiduría de Dios, mediante el intelecto divino. El bien supremo consiste en la beatitud y ésta en la intuición inmediata (visio) de Dios. En general, considera este monje superior a la vida activa la contemplativa. Podemos omitir aquí las complicadas discusiones y distinciones de conceptos que tienen más interés para la teología y que están expuestas de un modo muy amplio y detallado en la *Suma teologica*; hallamos de nuevo sus rasgos fundamentales en la actual teología moral de la iglesia católica. Mientras que el interés no teológico de Alberto se dirigía capitalmente a la ciencia natural, el de Santo Tomás, se dirige ante todo a las cuestiones políticas. También aquí — importan en este respecto especialmente la obra *De regimine principum* (que no es auténtica en todas sus partes) y su comentario a la política de Aristóteles — nos hallamos ante la admisión del aristotelismo en las concepciones de la iglesia. En Santo Tomás, ya no se halla de ningún modo como en S. Agustín la rígida contraposición del estado pecador y mundano y del estado de Dios, sino que el hombre como animal político está destinado por la naturaleza a la vida social y al enlace en la familia, la comunidad y el estado. El último, es una institución puramente humana y su fin realizar la virtud y en cuanto es posible, conseguir la felicidad terrestre. El derecho es de origen divino. La monarquía, es la mejor forma de gobierno, porque es la más útil, pero debe hallarse rodeada de garantías en parte aristocráticas y en parte democráticas para que no degeneren en despotismo. El estado ideal de Santo Tomás, contiene muy pocas ideas sociales. La absoluta comunidad de bienes no haría según él, más que fomentar la discordia. Considera la sumisión y la servidumbre un producto social tan natural y tan intangible, como Aristóteles la esclavitud. Muestra poca comprensión para el comercio que considera como un oficio bajo. Por lo demás es este estado mundano, sólo una preparación para el divino cuya expresión visible sobre la tierra es la Iglesia católica. Por esto deben obedecer todos los reyes cristianos al Papa, su jefe, como a Nuestro Señor Jesucristo mismo. (v. J. Baumann, *Die Staat lehre des h. Thomas von Aquino, La Doctrina del Estado de Santo Tomás de Aquino, Leipzig, 1873*).

De este modo es Santo Tomás, el verdadero representante de la concepción del mundo católica y medioeval que él ha realizado en un sistema elaborado con gran habilidad y penetración en sus detalles. Ha enlazado íntimamente la investigación antigua con el pensamiento del occidente cristiano, ha contribuido a la educación lógica de los espíritus y ha favorecido mediante su distinción entre

saber natural y revelación el reconocimiento de la independencia de la ciencia; siempre que no le ciega su punto de vista eclesiástico como por ejemplo, con respecto a los herejes, es una naturaleza dulce y noble. Las objeciones que pueden presentar contra él la ciencia y la Filosofía ya independientes, se refieren no a su persona, sino a su concepción del mundo.

Santo Tomás de Aquino, tuvo ya entre sus contemporáneos y no sólo en su orden, numerosos partidarios. De ellos, citamos a Vicente de Beauvais (1264) por su *Speculum magnum*, una enciclopedia del saber de entonces y Petrus Hispanus (1277) como papa Juan XXI, que refundió el manual lógico (*Summulae logicae*) del bizantino Pselus (siglo XI). De él proceden los conocidos dísticos de los modos del silogismo: bárbara celarent, etc. Más importante es que Dante (1265-1321), el mayor poeta de la edad media, en su Divina Comedia y en particular en su tratado político *De Monarchia* (hacia 1309) se halla influido por las concepciones tomistas y hasta tal punto que piensa Baumker se podía hacer con las obras de Santo Tomás de Aquino un comentario de las suyas. Sin embargo hay una gran diferencia: la subordinación del imperio al sacerdocio se ha convertido en el gran gibelino en una coordinación de ambos. Se muestran los primeros gérmenes de una nueva época.

§ 66. La oposición de los franciscanos. Duns Scoto (Primado de la voluntad)

1. Ya Enrique de Gante (1217-1233) el Dr. Solemnis, había defendido apoyándose en S. Agustín y Platón, el primado de la voluntad y la personalidad (memoria, razón y voluntad) contra el intelectualismo tomista y siguiendo a este había acentuado Ricardo de Middletown (1300) el carácter afectivo y práctico de la Teología. Se considera autor de un *Correctorium Thomae fratris* al franciscano Guillermo de la Mare que provocó por parte de los dominicos nada menos que cinco escritos para combatirlo y Siger de Brabante († 1282), osó hasta defender en la universidad de París un averroísmo atenuado. Muestra que ya en aquel tiempo se había estudiado de nuevo el escepticismo antiguo una traducción latina proveniente de la segunda mitad del siglo XIII de los «Bosquejos pirrónicos» de Sexto Empírico (véase § 45), hallada por Baumker. La oposición capital contra el tomismo partió de la orden rival de los dominicos, de los franciscanos. Logró su pleno desarrollo esta tendencia en un hombre que se considera como el pensador más penetrante de la Filosofía de la edad media y que a pesar de su temprana muerte dió nombre a una dirección muy difundida del pensamiento.

2. Juan Duns Scotus, nacido según la tradición, hacia 1270 en Dunstón en Northumberland o Dun en Irlanda (de aquí sus dos nombres), fué magister en Oxford de todas las ciencias, pronto superó en fama a todos los restantes maestros y entró triunfante en Colonia en 1308, pero murió aquí en el mismo año. No existe todavía una monografía completa acerca de él. Han estudiado su Teoría del conocimiento K. Werner (Viena 1877 y 1881), su doctrina de la voluntad Kahl (1886) su Psicología H. Siebek (Archiv f. Gesch. d. Phil. 1888, Zeitschr. f. Philos. 1898), su Teología, Søbérq (1900). La única edición completa de las obras filosóficas y dogmáticas del Dr. subtilis es aun la del año 1639 (Ludgumi 12 tomos, reimpressa en París, en 1891-95 por la orden de los franciscanos).

Con Duns Scotus comienza a deshacerse la fusión del aristotelismo y la doctrina de la Iglesia, de la razón y el cristianismo, que iniciada por Alberto había sido llevada a cabo por Santo Tomás. Si se considera, por consiguiente a éste como el punto culminante y lo característico de la escolástica, debe verse en el escotismo (con Erdmann y otros) el principio de la descomposición de ésta. Sin embargo Scotus se valé en sus controversias aún de tal modo del método, subtilidades y terminología escolásticos y está por lo demás tan plenamente sobre el terreno del pensar medioeval que lo contamos así como su escuela, entre los representantes de la escolástica.

a) *Fé y saber.* Mientras que para Santo Tomás y sus partidarios se completaban entre sí Teología y Filosofía, fe y saber, se afirma más intensamente su contraposición en Scotus. Se ha comparado frecuentemente su relación con Santo Tomás con la existente entre el Kant crítico y el Leibniz sistemático y armonizador. Efectivamente existe una cierta semejanza. Pues aunque puede tener muy poco de común el escolástico que por primera vez defendió el dogma de la inmaculada concepción con el filósofo de la razón pura; sin embargo, insiste aquél con una penetración muy de apreciar para su tiempo, en favor de una separación, en cierto modo rigurosa del saber y creer. Dotado de una educación matemática pone exigencias más rigurosas que sus predecesores a la prueba. No sólo los diferentes dogmas de la Iglesia, sino también cuestiones como la creación temporal del mundo y la inmortalidad del alma no pueden probarse por la razón. ¿Porque no ha de perecer también lo incorpóral? Sin embargo, la determinación del dominio de la ciencia estricta no le sirve para combatir la autoridad de la Teología, sino al contrario para robustecerla. La fe no excluye la duda pero sí su triunfo. En los asuntos de la fe no tiene para que intervenir el dialéctico. Se contraponen frecuentemente filósofos y católicos. Es más, aparece en él ya la afirmación que alcanza mayor importancia en Vorländer. — Historia de la Filosofía

Ockam y su escuela (§ 68) de que: puede existir algo que sea verdad para los filósofos y falso para los teólogos. De los primeros considera a Aristóteles a quien conoce mejor que sus predecesores, como el más grande, aunque no infalible, como otros hicieron.

b) *La doctrina de la voluntad.* El problema fundamental del escotismo, que en la forma del conflicto entre la libertad de la voluntad y la necesidad natural, preocupa aún hoy día a los espíritus, es el de saber si el primado corresponde a la voluntad o al entendimiento. Duns lo resuelve, en oposición a Santo Tomás y con toda decisión: *Voluntas est superior intellectu*, la voluntad es superior a la inteligencia. La voluntad es la facultad fundamental del alma. El «primer pensamiento» que lo mismo que en Santo Tomás, surge por la cooperación del alma y los objetos externos es decir mediante imágenes de los mismos, es «confuso e indeterminado». Se hace determinado porque la voluntad dirige después la atención a estas representaciones confusas, las depura y refuerza su intensidad mientras que en el caso contrario se debilitarían y por último desaparecerían. La representación es sólo causa ocasional y servidora de la voluntad; a la última corresponde el decidir. En la Psicología de la voluntad (véase Siebeck) hace el Dr. subtilis ya muchas observaciones finas y distinciones penetrantes, por ejemplo: la del deseo, (apetito), la voluntad y el no querer. Según el método aún hoy día predilecto de los pensadores ingleses, toma gustoso la experiencia como punto de partida y acentúa la relación con los impulsos sobre los que, sin embargo, la voluntad es capaz de elevarse. La independencia de la misma es tan grande que la misma gracia divina puede auxiliarla pero no obligarla. Tampoco se halla determinada por el sentimiento de placer y dolor — lo que recuerda a Kant, — sino tan solo acompañada en su actividad. Es más, se halla fuera de la conexión causal, y del mecanismo de las representaciones. Pues si dependiese de éste no podría existir ni la libertad ni la responsabilidad en los hombres.

c) Con esto hemos llegado a la *Ética*, del escolástico inglés. También el bien se halla determinado fundamentalmente por la voluntad; la inteligencia no interviene más que en la aplicación a la vida práctica. El bien es más elevado que la verdad y por esto es superior San Agustín a San Anselmo y Aristóteles. La Teología es ante todo una ciencia práctica. Lo bueno es bueno porque Dios lo manda, mientras que según San Tomás, Dios ordena el bien porque es bueno (*perseitas boni*). El fin supremo y la suprema perfección del hombre no se halla para él como para San Tomás, en la contemplación mística sino en la voluntad completamente dirigida hacia Dios, es decir, en el amor.

d) *Doctrina de Dios.* La existencia de Dios tampoco se puede probar por meros conceptos, sino por sus obras. Debe haber una causa última y superior que sea también el último fin: esto es, Dios. Se transporta a él también la doctrina del primado de la voluntad. Del mismo modo que mediante el libre arbitrio de cada individuo existe de cada vez un nuevo hecho, es la voluntad de Dios el hecho primitivo. Si no consistiese la esencia de Dios en la voluntad, no sería ilimitada su omnipotencia. Así el mundo ha sido producido por la libre voluntad de Dios; pudo haberlo creado de un modo completamente distinto. Lo mismo sucede con la redención. Dios hubiera podido realizarse de un modo distinto que por Cristo, y en vez de hombre pudo hacerse, por ejemplo, piedra (con estos casos excepcionales enlaza la escolástica posterior, lo mismo que los sofistas de la antigüedad, sus fantásticas discusiones por las cuales se ha creado tan mala fama).

e) *Metafísica.* Dios es el ser (ens) perfectísimo, simple, supremo, la materia el inferior. Como materia prima (prime-prima de la que distingue el sutil escolástico una secundo-prima y una tertio-prima) significa solamente la capacidad existente originariamente en todas las cosas, de ser ordenadas en formas, géneros y especies superiores. Toda substancia creada hasta la espiritual misma posee materia. El principium individuationis es la forma. Lo más individual es lo más perfecto. A la esencia se añade la presencia (haecceitas), por ejemplo, en el hombre Sócrates, primeramente animalitas después humanitas y a ésta socratitas (la expresión haecceitas se halla es cierto sólo entre los discípulos de Scotus). El individuo posee una realidad independiente, es un hecho que ya no se puede deducir de otros. La posición de Duns con respecto a la cuestión de los universales sigue siendo la misma intermedia de S. Anselmo y Santo Tomás: lo universal es ante res como forma en el espíritu divino, in rebus como esencia o quidditas de estas, post res en el entendimiento como el concepto abstraído de ellas.

A pesar de su temprana muerte, dejó Duns Scotus, numerosos discípulos y adeptos sobre todo en su orden. Durante largo tiempo continuó la disputa escolástica entre los franciscanos escotistas y los dominicanos en general tomistas. Aunque su doctrina dentro de la iglesia ha sido suplantada cada vez más (es cierto, que sin embargo, hay aún escotistas aislados en el siglo XVIII) por la más ortodoxa de Santo Tomás, ha influido mediante muchas de sus doctrinas (primado de la voluntad, representaciones claras y confusas, la forma como esencia permanente) más que el último sobre los filósofos seculares como Bacon de Verulam, Descartes, Leibniz y otros.

CAPITULO V

Decadencia de la escolástica

(Separación creciente de fe y saber)

FloreCIMIENTO del misticismo alemán

§ 67. Nuevas tendencias: Rogerio Bacon (1214-hacia 1294)

Ráimundo Lullio (1235-1315)

1. ROGERIO BACON

Como Alejandro de Hales, Ricardo de Middletown y Duns Scotus, es Rogerio Bacon inglés y monje franciscano. De una familia rica, nacido hacia el 1214, se dedicó en Oxford y París a los estudios, en particular de las Matemáticas y las ciencias naturales. Fueron sus ocupaciones capitales, el trato con científicos, la enseñanza de estudiantes pobres y especialmente los experimentos físicos. En los últimos se gastó toda su fortuna (2,000 libras esterlinas). Para su protector, el papa Clemente IV escribió de 1266-68, su *Opus maius*, un libro explicativo de ésta (*opus minus*) y una introducción para ella (*opus tertium*); su proyectada obra fundamental (*opus principale*) quedó incompleta. Después de la muerte de Clemente se despertó de nuevo la acusación de impiedad y hechicería de que ya antes había sido objeto, fue perseguido y sufrió, como el dice, diez años de prisión en un claustro. Sus obras han sido editadas, aunque no en su totalidad por Brewer (Londres 1859). Un complemento para ello: R. Steele, *Opera inedita R. B.* (4 partes, Oxford, 1905-11). La monografía más detallada sobre sus obras y doctrinas es la de E. Charles (París, 1861). Véase también la obra de Little, *Roger Bacon Essays* (Oxford, 1914). Su importancia para el progreso de las ideas la pone energicamente de relieve H. Reuter, loc cit II, 67-86.

Rogerio Bacon es un contemporáneo de Santo Tomás y precede en el tiempo a Duns Scotus. Sin embargo, hemos preferido hablar de él en este lugar y en párrafo aparte porque tiene una posición original en la Filosofía de la Edad Media. Este «Dr. mirabilis», debió de hecho parecer admirable a sus contemporáneos escolásticos, pues se agitan en él tendencias completamente modernas, claro que sin llegar a adquirir un pleno desarrollo y una expresión fija. E. Dühring le considera en su Historia de la Filosofía como el único filósofo de la Edad Media. Goethe se ha

interesado por él y ha reconocido su importancia con palabras encomiásticas, en su *Teoría de los colores*.

Lo fundamental y nuevo en Rogerio Bacon es que, en oposición a las fórmulas de los escolásticos se dirige al conocimiento de las cosas. Considera a Alberto y Santo Tomás, pensadores infantiles, que son sólo maestros mientras no se les lee; el último de ellos ha escrito libros voluminosos sobre Aristóteles sin saber el griego y careciendo de conocimientos físico-matemáticos. También Bacon estima mucho a Aristóteles y después de él a su intérprete Avicena, pero lo capital es volver a las cosas mismas. El mundo está lleno de prejuicios: autoridad, hábito, frases, falta de autocritica. La ciencia es un lento progreso en continua lucha con el montón de los incultos y de los hombres dominados por el hábito. Su peor enemigo es la creencia de que se halla ya terminada, el culto de la autoridad. El valerse constantemente de los nombres famosos, admirar la Lógica y la Gramática de ciertos maestros no tiene valor ninguno. Es preciso estudiar en las fuentes originales. Por esto hay que aprender sólidamente el hebreo, el griego y el árabe si se quiere entender de veras la Biblia, Aristóteles y los árabes y trabajar con instrumentos físicos y astronómicos si se quiere conocer la naturaleza. Existe un doble camino para el conocimiento: la prueba racional y la experiencia. Bacon se apoya en oposición con los escolásticos, ante todo en la última. Claro es que no bastan observaciones aisladas e inconexas. Estas deben ser ordenadas metódicamente, dispuestas en un sistema, investigadas las causas condicionantes, para hallar así la ley. El a. b. c. de la Filosofía, la base de todas las ciencias son las Matemáticas pero la más perfecta, la reina de todas, la *scientia experimentalis*. No hay arte mágica que pueda cambiar el curso de la naturaleza.

Sin embargo, el franciscano inglés no realiza de un modo consecuente estos gérmenes de una ciencia rigurosa. Además de la causalidad natural conogscible para la ciencia humana hay una sobrenatural de la divinidad creadora; junto a la experiencia externa existe una interna concedida por Dios que culmina en el arrobamiento estático. La razón superior es sólo posible por la acción divina; la autoridad que otras veces combate tan enérgicamente, se exige, sin embargo, en favor de la iglesia. En ella lo primero es la fe, la experiencia lo segundo, el comprender lo tercero. En pasajes semejantes se llama a la Teología la ciencia más noble a la que en absoluto debe servir la Filosofía; toda la sabiduría útil a los hombres se halla en las sagradas escrituras donde ciertamente puede encontrarse tan sólo por los capaces de ella.

el papa es el representante (*vicarius*) de Dios sobre la tierra, etc. Claro es, que para convencer a los que no creen, hay que apoyarse en lo conforme a la razón, en lo universal humano. El cristianismo no es en último término más que la religión natural revelada por Dios mediante Cristo; lo necesario para la salvación es común a todos y lo mismo los rasgos esenciales de la moralidad. «Todo hombre lleva en su alma un gran libro sobre los pecados que ha cometido desde su juventud y hasta los aldeanos y las viejas, no sólo entre los cristianos sino también entre los sarracenos y otros infieles, saben resolver las cuestiones morales».

De este modo se mezcla en Bacon lo viejo con lo nuevo, la fe de la iglesia con los gérmenes de una ciencia verdadera. Sin duda alguna se adelantó a su tiempo en el conocimiento de la naturaleza. Inventó las lentes de aumento, conoció el efecto de la pólvora, llevó a cabo observaciones bien hechas sobre la refracción y la visión así como sobre la magnitud del sol y la luna, intentó mejorar el calendario, realizó descubrimientos químicos cuya inteligencia nos dificultan las expresiones enigmáticas que emplea; es más, presintió cinco siglos antes el movimiento rápido como una flecha de los barcos sin velas ni remos y de los carros sin animales de tiro. Sin embargo, es preciso guardarse de estimarlo demasiado. Junto a lo exacto se halla en él mucho de fantástico y erróneo. Así se enlazan en él con la libertad de la voluntad de los hombres, influjos astrológicos (constelaciones de los planetas), se lamenta de que Aristóteles no haya hallado la cuadratura del círculo, se vana gloria de haber enseñado en tres días hebreo y griego a un discípulo, y confunde *diá* con *dúo* (según *Erdmann*) y otras cosas. Por esto no ha ejercido influjo duradero sobre la posteridad más que como iniciador de algunas ideas; es más, apenas ha dejado restos tras sí.

2. RAIMUNDO LULLIO

Una personalidad todavía más notable que la de Bacon es la del español Ramón Lull o Raimundo Lulio (*Raymundus Lullus*, 1235-1315), que después de una vida mundana y aventurera se dedicó a la conversión de los averroístas e intentó probar las verdades del cristianismo de un modo nuevo y riguroso. Escribió con este fin una enorme cantidad de obras, — según se dice 400, y según algunos hasta 4,000, — de las cuales se han editado 45 en 8 tomos de 1721-1740. Fuera de sus obras y descubrimientos de Alquimia—entre los cuales hay algunos realmente importantes mezclados con muchos desatinos—fué famoso por su obra capital: *El arte magna* (*Ars generalis*). Todos los conceptos posibles tomados de Aristóteles, de la escolástica

y de la Kabala se distribuyen según ésta en 7 círculos concéntricos, cada uno de los cuales representa una ciencia determinada (por ejemplo: A. toda la Teología, B. la Psicología). Al hacer girar estos círculos en torno de su centro común se pueden obtener fácilmente todas las combinaciones deseadas y probar así todas las verdades, aún aquéllas que parecían indemostrables a Santo Tomás, como la Trinidad y la Encarnación. El primer círculo contiene, por ejemplo: 16 propiedades de Dios designadas por las letras de B a R; por combinación de las mismas (BB, BC, BD, etcétera), surgen ciento treinta y seis conceptos ulteriores, etc. Se nos permitirá no entrar en más detalles acerca de este sutil disparate. (El que se interese por esto hallará más amplia información en el *Manual de Erdmann*, I, p. 373-384). Su estilo es en alto grado ampuloso e hiperbólico y además pretencioso. No hay que negar que este *ars invesigandi demonstrandi et inveniendi*, a pesar de todo, poseía como medio nemotécnico, alguna utilidad para el pensamiento de entonces y ofrecía un ingenioso patrón para la Filosofía escolástica que tanto se basaba en la memoria. En todo caso halló numerosos partidarios; se formó una secta formal de los lulistas que celebraba a su maestro como el «Dr. illuminatissimus».

Tendencias análogas se repiten de nuevo dos siglos después en un compatriota suyo el médico español que vivió en Tolouse y que fué defendido por Montaigne (V. *La Filosofía Moderna* capítulo I. § 5): Raimundo de Sabunde. Con la diferencia tan sólo de que éste se revela más como un sentimental que un dialéctico al intentar poner de acuerdo en su *Teología natural* o *Libro de las criaturas* (1436): la naturaleza y la Biblia, el libro vivo y el libro escrito de la revelación, partiendo de los cuatro grados del *esse*, *vivere*, *sentire* e *intelligere*, y enlazando las pruebas ontológica, físicoteológica y moral con ideas místicas.

§ 68. Renovación del nominalismo en el siglo XIV y el XV: Guillermo de Ockam y sus sucesores

Precursores de Ockam son dos franceses: el franciscano y escotista Petrus Aureolus (1322) y el dominico Durand, que pasó al nominalismo desde sus primeras opiniones tomistas y consideró que el verdadero ser era el ser individual. Mucho más importante es el inglés

1. GUILLERMO DE OCKAM (1300-1350)

un pueblecillo del condado de Surrey. Igualmente franciscano y educado en la doctrina escotista, después maestro en París intervino en las luchas ardientes que entonces existían entre el

papado (Bonifacio VIII) y el poder civil, en favor de este último. Perseguido por el Papa halló refugio y protección en la corte de Luis de Baviera. «Defiéndeme con la espada, yo te defenderé con la pluma». Murió probablemente en Munich, quizá durante la «pesta negra» (1349 ó 1350). De sus numerosos escritos son los más importantes: la *Suma de la Lógica*, el Comentario a las sentencias de Petrus Lombardus, la *Expositio aurea super totam artem veterem* y el *Dialogus inter magistrum et discipulum de imperatorum et pontificum potestate* de carácter político eclesiástico. No existe todavía una edición completa de sus obras ni tampoco una monografía sistemática acerca de este «Dr. invencible», temido a causa de su penetración lógica. Véase acerca de su Psicología y la de sus continuadores Siebeck, *Zeitschr. f. Philos.* 1897-98.

a) Se considera como el más importante hecho filosófico de Ockam, por lo general, su renovación del nominalismo. En oposición al realismo moderado que habían defendido los representantes capitales de la escolástica (S. Anselmo, Santo Tomás, Scotus), mantuvo, contra estos «platónicos», apoyándose en el verdadero Aristóteles que sólo las cosas individuales son lo real. Los conceptos generales existen sólo en el espíritu que piensa, es decir, objetivamente y no substancial o subjetivamente (1). Nuestros conceptos no son copias reales de las cosas sino sólo signos (*termini*) de las mismas (el nominalismo se ha llamado por esto también recientemente terminismo) cuyo estudio corresponde a la lógica, ciencia predilecta de Ockam. No hay ninguna cosa, por ejemplo un hombre, en sí; esto sería una inútil multiplicación de los seres en contra del aforismo del escolástico que nos ocupa: *entia praeter necessitatem non sunt multiplicanda*. La afirmación el hombre es mortal, no significa más que todos los hombres son mortales.

b). De acuerdo con esto — lo que es más importante que el esquema general del nominalismo, se da mayor importancia que a la abstracción pura, a su opuesto, el conocimiento intuitivo, la percepción (interna y externa) y su producto la experiencia (interna y externa), de modo que por lo menos se abre el camino a una investigación inductiva de la naturaleza externa y de los estados de conciencia. El conflicto entre razón (Filosofía) y revelación (Teología) que ya vimos en Duus Scotus alcanza en Ockam su máxima expresión. En directa oposición con Lull que creía poderlo probar todo, afirma: ni aun la existencia de Dios y sus

(1) Los dos términos objetivo y subjetivo que tanta confusión han traído en la Historia de la Filosofía, tuvieron en su primer empleo una significación contraria a la actual.

propiedades pueden probarse por la razón sino todo lo más ser hechas verosímiles por conclusiones por analogía, y esto «tampoco a los sabios y a aquellos que se apoyan preferentemente sobre la razón natural». El mismo concluyó de esta ignorancia natural acerca de los problemas más importantes, la necesidad de la revelación y consideró un acto meritorio de la voluntad creer lo increíble. La Teología no es una ciencia y Ockam sigue siendo un teólogo. También le parece como a su compatriota Scotus, el arbitrio y la potencia de Dios ilimitada lo que le conduce de vez en cuando a absurdos maravillosos o casi frívolos, como por ejemplo, que Dios en lugar de naturaleza humana pudo tomar naturaleza de asno (*natura asinina*)!

c) En la doctrina de la voluntad y la Psicología es el punto de vista de Ockam, genuinamente inglés, y sanamente empírico. La voluntad y el entendimiento, son sólo dos distintos modos de actuar el alma que es incognoscible en su verdadero ser. Investiga las relaciones de la voluntad con los movimientos del ánimo y con los impulsos. Sobre la experiencia descansa el hecho cierto de la libertad de la voluntad la que no es influida por las condiciones externas. Por el contrario, la Ética se halla debilmente fundamentada en O. y su escuela, porque se basa en su doctrina del arbitrio absoluto de Dios. No hay nada bueno y malo en sí, sino sólo por la voluntad de Dios. Dios, puede libertar al pecador de su pecado sin ninguna expiación externa o interna de éste, así como puede condenar al que no ha pecado. Muy frecuentemente se halla la aclaración: *Aliter tamen potuit deus ordinare*: es decir, Dios lo hubiera podido ordenar de otro modo. Es más, una acción pecaminosa no es pecado, si parece necesaria para el honor de Dios. Sin embargo, en la lucha entre la iglesia y el estado, que agitaba violentamente su tiempo, se coloca Ockham decididamente de parte del estado. Trabajar por el bien común (*bonum comune*), es cosa puramente del estado. Si el príncipe no cumple con su deber, tiene el pueblo el derecho de deponerle y hasta de asesinar al tirano; y del mismo modo en la iglesia, la comunidad de los fieles, se halla sobre el papa concilios y clero. Ataca a la riqueza y a la mundanalidad de la iglesia que esta ha acarreado. El ideal, el *status perfectissimus*, es para el monje mendicante, el no poseer cosa alguna.

2. PARTIDARIOS DE OCKAM

Guillermo de Ockam, tuvo pronto numerosos partidarios. A pesar de la condena solemne de su doctrina, por la universidad de París, (en 1340), se convirtieron al nominalismo no sólo muchos individuos de su orden (franciscanos), sino también agustinos y do-

minicos. A los discípulos inmediatos más importantes pertenece:

1. Juan Buridan, en 1327 y en 1348 rector de la universidad de París. Se ocupó menos de cuestiones teológicas que de problemas psicológicos y físicos apoyándose sólo externamente en la interpretación de las obras aristotélicas. *Siebsch* (loc. cit.) le llama, «el herbartiano entre los escolásticos». Se interesó particularmente por el problema de la libertad de la voluntad. Se ha de distinguir la voluntad del apetito sensible e intelectual. Es activa o pasiva, según que esté determinada por el intelecto o sea completamente independiente (*liberum arbitrium*). Esta última libertad de mera oposición (*libertas oppositionis*), nos es dada para que logremos la verdadera libertad ética de la ordenación de fines (*libertas finalis ordinationis*), en lo que corresponde un cierto influjo al intelecto. Los animales por el contrario, no son libres y siguen sus impulsos. El conocido ejemplo del asno entre dos montones de heno, cuya invención se le atribuye, fué empleado quizá por él, o sus discípulos en lecciones orales; es posible, sin embargo, que sea una especie propagada por sus enemigos. No se halla en sus obras escritas, así como el llamado «puente de los asnos» (*pons asinorum*), es decir, el consejo de buscar el término medio en los razonamientos como un artificio auxiliador de las inteligencias limitadas.

La prohibición de las doctrinas nominalistas que, ensayó, especialmente la universidad de París, todavía varias veces, (la última en 1473), no pudo ser ya realizada. Por el contrario; mientras que durante el florecimiento de la escolástica eran normas las sentencias de la universidad de París, se hace notar ahora bajo el influjo de los nominalistas, una descentralización de la actividad científica. Así parece haber ayudado el influjo de Buridan a la creación de la Universidad de Viena (1365). Es seguro que fué su amigo, aunque más joven que él

2. Marsilius, (Marcelo) de Inghen (en la región del Mosela), quien tomó parte en la fundación de la universidad de Heidelberg (1368), de la cual fué maestro hasta 1392. También Marcelo investigó el contenido de la experiencia interna y los procesos de voluntad en los cuales acentuó el aspecto instintivo de la voluntad y el apetito producido a causa del hábito, así como la actividad del artista.

3. Pierre D' Ailly, (Petrus de Alliaco, 1350-1425), pone de relieve energicamente el primado de la voluntad, pero concede una intervención al conocimiento en la decisión de los actos. Intenta fundamentar más sólidamente la afirmación de Ockham de que el conocimiento propio es lo más cierto y en particular más cierto que la percepción de objetos externos. La última subsiste tan sólo sobre

el supuesto del curso habitual de la naturaleza que Dios puede cambiar. Del mismo modo es sólo pecado lo que Dios considera como tal. Pedro de Ailly fué largo tiempo canciller de la universidad de París, confesor del rey de Francia y alma del concilio de Constanza. Murió en 1420, como cardenal delegado en Aviñón. Considera superior al papa el concilio y a la tradición la Biblia. Con su escepticismo filosófico se enlaza una tendencia declarada hacia el misticismo.

4. Se acusa aún más este rasgo, en su discípulo y amigo Juan Gerson, (1363-1429) — de verdadero nombre, Juan Charlier, de la aldea Gerson en Reims — sucesor suyo en la dignidad de canciller de París, que representó esta tendencia en Constanza. Aspiró a una concordancia entre «muestra» Teología, es decir, la de Ockam y la teología mística. Mejor que toda la sabiduría humana y que Platón y Aristóteles, es cumplir el precepto: «haz penitencia y cree en el evangelio». La teología mística, parte del sentimiento y experiencia de Dios, y es posible hasta para los espíritus sencillos. Por esta estimación del evangelio, de la fe, de la penitencia interior y de la piedad subjetiva se ha considerado muchas veces a Gerson, aunque se muestra un hijo fiel de la iglesia, como un precursor de la reforma.

3. Se designa como el último escolástico al profesor de Tubinga Gabriel Biel († 1495), que expuso clara y sistemáticamente las doctrinas de Ockham y cuyo punto de vista, — através de Staupitz — influyó ya en Lutero y Melanchthon; pertenecía a la orden de los «Hermanos de la vida común».

§ 69. El misticismo alemán de los siglos XIV y XV, (Eckhart)

Edición principal: F. Pfeiffer, Deutsche Mystiker des 14. Jahrh. (Místicos alemanes del siglo XIV), 2 t. Leipzig, 1845-57. (Con introducción), 2 y 3 ed. Göttinga, 1907-13.—Obra fundamental: Preger, Gesch. der deutschen Mystik im Mittelalter. (Historia del misticismo alemán, en la E. M.), 3 t., Leipzig, 1874-92.

El misticismo cristiano es tan antiguo como el cristianismo mismo. Prueba de ello son: el cuarto evangelio, y la Apocalipsis de San Juan, así como también varios pasajes de las epístolas de San Pablo. Del mismo modo existió continuamente como ya hemos visto una corriente mística, paralela al pensamiento escolástico y que provenía de los padres de la Iglesia. Recordamos tan sólo las personalidades salientes de San Agustín, Areopagita, Eriugena, San Bernardo, los Victorinos, S. Buenaventura y Alberto, así como las tendencias místicas que hallamos desde Santo Tomás, hasta Gerson, quien cita con entusiasta veneración a San Buenaventura y se apoya también en San Bernardo y los Victorinos. Las corrientes de carác-

ter práctico desde los primeros cristianos a los Valdenses, Begardos y Hermanos del libre espíritu, pertenecen al dominio de la Historia de la iglesia y en particular a la de las herejías.

Un nuevo movimiento de importancia filosófica, surge en el siglo XIV, de la predicación en alemán de los dominicos, que no sólo ha preparado mediante la intimidad de la vida religiosa, la reforma, sino que también, debido a la profundidad de su especulación, ha influido fecundamente en la Filosofía del siglo XIX, (particularmente en Schelling). Los comienzos de esta dirección, se hallan ya en los sermones de David de Ausburgo, (1271), y de su famoso discípulo Bertoldo de Ratisbona. El verdadero fundador del misticismo alemán, es sin embargo, la personalidad en que alcanza su máxima expresión:

1. ECKHART, (1260-1327)

De la numerosa literatura acerca de Eckhart, citamos: J. Bach, Meister E. der Vater der deutschen Spekulation. (Maestro E. el padre de la especulación alemana). Viena 1864. A. Lasson Meister E. der Mystiker (M. E. el místico), Berlin, 1868. Breve: Strauch Eckhart—Probleme (Discurso), Halle, 1912. Las más de sus obras alemanas, se hallan en el t. I, de la edición antes citada de Pfeiffer. Edición de trozos selectos popular de Büttner (2 t., Jena, 2 ed. 1912), y G. Landauer (Berlin, 1903). Además, la edición de Spamer de los sermones y tratados en latín y alemán, Jena, 1912. Sobre la significación interna de Eckhart v. P. Natorp, Die Seele des Deutschen, 1918, p. 59-84.

Nacido de una familia noble en Turingia hacia 1260, maestro en París en el 1300, nombrado Dr. por Bonifacio VIII en 1302, vicario general de su orden de 1307-11, predicó Eckhart en toda Alemania con grandísimo éxito, últimamente en Colonia. Sin embargo, se le instruyó finalmente un proceso con motivo de asuntos del dogma; se vió obligado a una retratación condicional. Antes de que hubiera aparecido la decisión final, la bula papal condenando 28 de sus afirmaciones, murió.

En un principio, se apoya en la doctrina de los dominicos Alberto y Santo Tomás. Especialmente en sus cartas latinas se muestra muy partidario del último como ha probado Denifle (*Archiv. f. Lit. u. Kirchengesch. des M. A.* II, 417-652). Su originalidad, aparece mucho más enérgica en sus obras en alemán en las que se dirige a los fieles. Es el primer filósofo importante de lengua alemana. No dice mucho nuevo en cuanto al contenido para el que conozca a Plotino, Eriugena y los restantes místicos pero dice esto con la intimidad del espíritu alemán y crea por primera vez, una lengua alemana técnica para la Filosofía. Lo capital para él, es el

efecto sobre la vida moral y religiosa de sus oyentes y lectores.

Como Alberto y Santo Tomás, es Eckhart, por una parte realista: lo universal, es el ser verdadero; por otra intelectualista: Ser es conocimiento. El último halla solamente satisfacción en el fundamento divino incomprensible e inexpressable de todas las cosas. Este, la divinidad, debe «reconocerse y decir su palabra» para convertirse del oscuro abismo de la naturaleza divina, en el Dios vivo y real. Así produce la palabra divina, su hijo y amándose a sí mismo en el hijo, espiritualiza el amor que enlaza mutuamente a su hijo con él: el Espíritu Santo. Lo mismo que al hijo, produce Dios de la nada todas las criaturas cuya idea vió en sí propio prefigurada. Permanece en ellas y ellas en él, la naturaleza «no naturada» en la «naturada» naturaleza e inversamente. Todas las cosas tienen una esencia en tanto que existen en Dios. Este se halla en todas partes, porque es indivisible. El «aquí y ahora», es decir la determinación espacial y temporal, es propiamente la nada, y no existe para Dios. Todo lo sensible, todo lo defectuoso, todo lo que quiere en la criatura afirmarse contra Dios, todo mal y limitación, es por consiguiente nada, un apartamiento de la esencia de Dios. Todas las cosas nacen de Dios y desean volver a su origen y verdadero ser, desean «volver hacia atrás» en su desarrollo.

Así sucede con lo mejor de la creación y para lo que todo existe, con el alma humana cuyo descubridor ha sido este místico alemán. Tiene un doble aspecto: el uno, se dirige a este mundo y a los cuerpos, el otro, inmediatamente a Dios. En su fundamento reposa la «chispa divina» o «ánimo» en el que aparece lo divino sin intermediario o cobertura alguna. «¿Por qué no permanecéis en vosotros mismos y cogéis vuestro propio bien?» Vosotros lleváis dentro de vosotros mismos esencialmente toda la verdad». Siguiendo a ésta, debe el hombre si quiere llegar a Dios, morir en sí mismo, suprimir su individualidad, carecer de voluntad para que lo divino consiga «reinar en él. Este es el estado de la liberación, es decir, de la libertad de todas las pasiones, del «abandono», para quien parece bueno todo lo que Dios hace, y constituye su grado supremo la «pobreza» que nada sabe, nada quiere, nada posee. Cuando me hallo en este estado, produce Dios su hijo en mí. Toda acción moral, surge de éste producirse de Dios en mi alma, y no puedo errar ya más, porque Dios está en mí. El hombre al que tal acaezca, puede ser llamado Cristo, aún más, Dios, tan sólo que él es por la gracia lo que Dios es por naturaleza. En este sentido son todos los hombres hijos de Dios, emanación única de la palabra divina.

La acción virtuosa, es por consiguiente, un dejar actuar lo divino en mí, una acción sin finalidad. Aún la vida eterna y la beatitud

eterna que ya comienzan aquí, no son fines justificados. La moralidad, no es hacer, sino ser que mana sin fatiga del alma, como la letra de la mano del amanuense ejercitado. Todas las virtudes son por consiguiente, en el fondo, sólo una; la armonía del alma, producida por la sumisión de las facultades inferiores (sentido, inteligencia, apetito) a las superiores (conocimiento, razón, voluntad), constituye su hermosura; el amor, es su principio. El amor, pone en fuga a todo temor y cubre todo pecado; nada sabe del pecado, es fuerte como la muerte, firme como el infierno. Por esto debe existir el hombre de manera que toda su vida sea amor. Estima Eckhart las acciones externas (ayunar, rezar, vigilia, castidad), sólo en tanto que sirven para concentrarse y entrar nuestro propio interior; únicamente importa la intimidad, el sumirse el alma en Dios. Si el alma quiere hallar la «paz y libertad del corazón» debe «buscar todas sus facultades, reunir las y separándolas de las cosas varias, aplicarlas a su acción íntima». La verdadera oración, carece de palabras.

Este desarrollo consecuente del punto de vista místico, no aparta a Eckhart, sin embargo, de una sana concepción de los deberes de la vida diaria. No sólo confiesa que es posible engañarse así mismo en la contemplación de Dios y que el hombre no puede permanecer continuamente en este éxtasis, sino que concede la libertad de la ley y de toda actividad, únicamente al ánimo íntimo, a la «chispa» divina. Desde ella como centro, deben más bien ser determinadas todas las facultades del alma para una acción fecunda y transformarse lo eterno en temporal, La mera contemplación, sería egoísmo. El hombre no debe huir de las cosas y refugiarse en la soledad, más bien debe aprender a hallar una soledad interior, y penetrar a través de las cosas, y crecer allí sin tregua, para realizar todo lo temporal «con orden, recta y sabiamente». «Si un hombre se hallase en éxtasis como San Pablo se hallaba, y supiese de un hombre necesitado que precisase una sopa estimaría mucho que dejase el amor del éxtasis y sirviera al necesitado con mayor amor». No las obras, nos santifican, sino que nosotros debemos santificar a las obras. De un fundamento justo surgen las acciones justas por sí mismas. Haga cada uno aquello a lo que más se siente inclinado por Dios y renuncie a aquello que más le atraiga. Hay diferentes caminos para Dios, tu puedes tenerle tan presente junto al fuego, o en el establo, como en la soledad, y en la celda.

Puesto que Dios realiza el proceso de la unificación de todo lo que existe fuera de él, mediante el alma humana, necesita de ésta y la crea para atraerla hacia sí; «Dios no puede privarse de mí; si yo no existiese, no existiría Dios». Dios se ha hecho hombre para que yo me haga Dios (deificación v. *Aeropagita*, *Maximus*, *Eriugena* entre

otros). El hombre que desea la unidad con Dios no necesita «buscarle aquí o allí; no se halla lejos, ya que ante las puertas del corazón está y espera que el que se halle presto, le abra y le deje entrar». El mal, es finalmente, un medio para la realización del fin eterno del mundo.

No podemos entrar en detalles, con respecto a la posición teológica de Eckhart frente a los dogmas de la encarnación, redención, los sacramentos, muerte, infierno y resurrección. También en este dominio tiende a la espiritualización e intimidad especulativamente. No se somete a ninguna suerte de dogmas, y en general a ninguna palabra escrita o hablada (Natorp). En el juicio final, por ejemplo, pronuncia su sentencia, según él, no Dios, sino cada hombre; tal como el aparecé entonces, así quedará siempre. Es bien comprensible que la Iglesia se opusiese a tal «espíritu libre» tanto más, cuanto que su doctrina destruía conscientemente la rigurosas distinción entre clero y profanos y ejerció sobre los últimos, un influjo profundo. Por el contrario, su intimidad religiosa y moral ha preparado el terreno para la reforma del siglo XVI, es más, en su enérgica acentuación de la individualidad se halla, claro que unido a elementos opuestos, un aspecto del Renacimiento.

2. CONTINUADORES DE ECKHART

También las obras de los continuadores de Eckhart, han aparecido recientemente en la ed. E. Diederichs (Jena), en traducción al alemán moderno: H. Seuse Deutsche Schriften und Taulers Predigten von W. Lehmann (Escritos alemanes y sermones de J. Tauler, por W. Lehmann) 1911 y 1913, la «Deutsche Theologie» por Butner, 1907; Las obras alemanas de Suso también por Bihlmeyer.

a) Eckhart, significa el punto culminante del misticismo alemán: atrevido, profundo, tierno, íntimo igualmente alejado de la sensibilidad insana y del quietismo y arbitrio (antinomismo). Su discípulo más importante, Enrique Seuse o Suso de Constanza (1300-1365), es ya una naturaleza blanda, entusiasta y menos sana que considera el ideal místico, como un religioso servicio de amor, como una unión ansiada con el «dulcísimo» Jesús. Sin embargo, combate a otra tendencia que se apoya también en Eckhart los «Hermanos (hermanas) del libre espíritu», que deducían del abandono de Dios la indiferencia moral de toda acción. Frente a ellos afirmaba que la educación de Cristo, se refiere también a la vida y a la acción, que el abandono significa libertad, con respecto de la letra, pero no arbitrariedad sin ley. Mucho más viril y enérgico que el alma tierna de Suso fué

b) Juan Tauler de Estrasburgo (1300-1361), que exhortó en sus discursos populares y escritos a la imitación práctica de Cristo. En un comienzo, más bien un orador brillante, fué llevado a esta

dirección íntima, por un laico piadoso de la secta de los «Amigos de Dios» que después fué quemado como hereje: Nicolás de Basilea. Su concepto capital, la pobreza, ha de entenderse completamente en el sentido de Eckhart. Al grado supremo de la vida pobre conduce sólo la imitación de Cristo que se debe ejercer también contra el placer e inclinación natural. Por lo demás, no es el hombre fundamentalmente malo, sino que hace por naturaleza con preferencia, el bien, como lo muestran los mejores de los paganos. También se opone Tauler a un ascetismo exagerado; la verdadera virtud se halla en el término medio. Junto a estas consideraciones sobrias, aparece ciertamente con frecuencia el ensimismamiento místico; en el amor divino del que se debe beber «hasta embriagarse».

c) Muy próximo a Tauler y Eckhart, es el librito «Teología alemana» (*Theologia deutsch*), que procede de un autor desconocido del siglo XIV, editado por Lutero en 1518 y después frecuentemente; muchas veces coincide literalmente con Eckhart pero como tratado, es menos retórico que los sermones de éste, y más edificante que especulativo. Abandonad todo egoísmo, todo orgullo, sed pobres y humildes, haced el bien, por el bien mismo y por puro amor: estas son aquí también las doctrinas características.

d) En los países bajos defendió Juan Ruysbroek (1293-† 1381), como prior de un convento de Agustinos en Bruselas), la tendencia mística en una serie de obras escritas en flamenco traducidas después por sus discípulos al latín, en los cuales bosqueja más los caminos y medios para la unión mística con Dios, que ésta misma, como lo muestran sus títulos: *Los 7 grados del amor*; *Las 4 vigilijs*; *Las 4 tentaciones*; *El adorno de las nupcias divinas*. Su discípulo Gerardo Groot fundó la «Hermandad para la vida común» de la que salió el famoso Tomás a Kempis (1380-1471, propiamente Tomás Hamerken de Kempen en Colonia), autor del conocido libro piadoso: *De imitatione Christi*, muy leído hoy todavía, y no sólo en los medios católicos y del que (según Erdmann) se han hecho 2000 ediciones entre ellas 1000 francesas. Es cierto, que la religión es aquí más íntima, pero el ideal moral sigue siendo el del catolicismo de la edad media que está penetrado de la huida monacal del mundo. Todavía más que en los anteriores pierde importancia el factor especulativo con respecto del moral cuya más exacta consideración no pertenece aquí.

Así termina la Filosofía del cristianismo de la edad media con la disolución de la escolástica y la sumisión a una misticismo que se opone a toda la sabiduría profana. Mientras tanto habían madurado en otra parte los elementos que debían crear o al menos preparar una nueva época.